

XXV acto de Exaltación a Ntra. Sra. de la Encarnación

Juan Luis Barragan

A cargo de

Francisco Javier Segura Márquez

Interpretaciones musicales por la
Banda Municipal de la Puebla del Río

Lunes 18 de enero de 2016 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

FRANCISCO JAVIER SEGURA MÁRQUEZ

18 de enero de 2016



Introito: Encarnada en el pregonero

Es un misterio insondable.
Cada vez que me lo pienso,
se hace más grande y más hondo
y más arcano y secreto.
Lo mismo que cae la lluvia
sobre el mar como creciéndolo,
igual que sobre los campos
echa semilla el labriego,
y sin notarlo siquiera
ponen raíz en lo tierno
de la tierra los minúsculos
granos que dan fruto cierto;
con sólo decir que sí,
(enfrente de aquel espejo)
se encarnó la Encarnación
en la voz del pregonero.
No sé decir si fue
un milagro grande de esos
que luego pasan los siglos
y se cuenta y se hacen pliegos
para que todos lo sepan
y hagan del prodigio eco.
No sé si más bien diría
que fue un pasito pequeño
para quien ve desde fuera
y no se para a entenderlo,
quizás fue poco importante,
o quizás no fue ni eso,
quizás no ocurrió siquiera
y me pudo el sentimiento
de verla tan cerca a Ella
de ver que, puestos mis besos
sobre mis manos brotaban
azucenas de requiebros.
Sólo sé que una mañana
de diciembre como os cuento,
viniendo yo a la Calzada
sabiendo que a nuestro encuentro



le brotarían resplandores
de luz en rayos etéreos,
cuando tú y yo nos miramos,
en aquel mismo momento,
se encarnó la Encarnación
en la voz del pregonero.
No hizo falta un San Gabriel
aunque fue en aquel momento
Alejandro Peña arcángel
y custodio y compañero.
No hicieron falta azucenas
ni libro para leerlo,
ni fue preciso que todo
quedará mudo en silencio;
el mundo siguió su curso
pero sentí yo en lo interno
de mi ser, en las entrañas,
en la inmanencia del cuerpo,
como una nueva energía,
como un radical estreno,
como un latido tranquilo,
como un llanto sin consuelo,
que, siendo contradictorio
y puesto en tales extremos,
sólo entenderse podía
con lo que ahora defiende:
se encarnó la Encarnación
en la voz del pregonero.
Fue la voz del hombre entonces
toda en ensimismamiento
la que dijo en turbación
aquel "¿cómo será eso".
Fue la voz esta que os habla
la que, postrada a lo excelso,
respondió el "Hágase en mí"
como Ella en aquel tiempo.
Pero esta vez Ella misma
fue quien quiso y pudo hacerlo.
Ella me trajo hasta Dios
y me lo puso en el centro,
y puso en su Encarnación



orden a mi desconcierto,
respuesta a todas mis dudas,
abrigo a todos mis miedos.
Me turbé ante sus palabras,
postré mi voz y mis versos,
y escuché que me pedía
ser su arcángel, ser vocero,
y hacer de la calle Oriente
un Nazaret posmoderno
y convertir San Benito
en la cueva en que dispuesto
quedó que sería la Madre
de un Dios tornado imperfecto
gozando la perfección
de ser divino por dentro.
Puede que con vuestros ojos
humanos sobre este suelo
no me vierais de rodillas
ante la Madre del Verbo.
Puede que en medio del mundo
de su ruidos y recelos,
de sus prisas y agonías
en digitales enredos,
nadie sintiera conmigo
esa emoción que recuerdo.
Y pues no quedará escrita
nunca en ningún evangelio,
pues apócrifa nació
de un pecador sin remedio,
dejadme que aquí os la cuente
y en ello ponga el acento:
se encarnó la Encarnación
en la voz del pregonero.
Y yo partí a toda prisa,
dejando a un lado el tormento
de una apatía cobarde
que amarraba mis esfuerzos.
Dejé de decir: "No soy
capaz, Señor, yo no puedo",
olvidé por una vez
la vanidad del dinero,



y, vacías las alforjas,
y cansado y harapiento,
desanduve los caminos
para volver a ese techo,
donde he encontrado otra vez
la paz que ansiaban los lienzos
en blanco de mis palabras
que brotaron como en juego
de metáforas valientes
que van cruzando conceptos.
Todos me felicitaban,
sano reconocimiento,
todos cantaban conmigo
la gloria de Dios eterno,
pero esta vez, bendecido,
me cupo el honor y el mérito,
de recibirte en mi casa,
de darte amor y aposento,
de ponerte, Encarnación,
en el mejor de los huecos,
donde ya, siendo Pastora,
tenías tu trono y tu asiento.
Allí te puse, María,
de allí te traigo y te ofrezco
por posada el corazón
y el alma mía y entiendo,
que no hay ofrenda mejor,
que no hay regalo más bueno,
después de sentirte, Reina,
encarnada entre mis huesos.
Unos te dieron coronas
-Manolo Ponce, perfecto
hermano mayor que sigue
sambenitando en tu Reino,
Luis Arjona, que dispuso
catedralicios portentos-,
otros te dieron bordados
sobre granas terciopelos,
-Rodríguez Ojeda puso
sus carboncillos postreros-, y
otros tantos, cientos, miles,



tu Encarnación en el pecho,
fueron quizás lo mejor
que podían ser: del cortejo
que te pasea por Sevilla
tus hermanos nazarenos,
la valiente algarabía
de tus hijos costaleros.
Así fue que yo aquel día,
atrevido y siempre atento,
recogido en oración,
sobre tus ojos leyendo
como una historia de amor
de gozos y desencuentros,
pero que acaba bien siempre
por diciembre con un beso,
cambiándonos los papeles,
las tornas, los parlamentos,
no sé yo quién fue Gabriel
que anunció, ni quien por ello
sintió que le florecían
azucenas en el pecho.
No sé explicarlo, no sé,
se hace difícil, presiento.
En explicarlo echaré
una Exaltación al viento.
Se encarnó la Encarnación
en la voz del pregonero.



Confusión de la hermosura y el dolor

Aquí lleva ya la Encarnación un tiempo considerable, haciéndose fuerte, llenando con el caudal de sus lágrimas y la salada dimensión de su tristeza todos los compartimentos estanco de este barco, que no se hunde porque Ella lo conduce -timonela y marinera también por trianera, ahora que se cumplen 450 años de su capilla y hospital a la otra orilla del río- y porque hay voces de mando que la ayudan, a pie de cubierta, en la grandiosa tarea que se propuso aquel día en que fue nombrado pregonero de la Reina de la Calzada, Patrona convertida en Valvanera, Valvanera tornada Encarnación, las dos una sola y misma cosa.

Encarnada la Encarnación en esta voz, posiblemente pueda obtenerse algo provechoso de lo que vengo a decir y que ya está escrito, pero que seguramente, desde ahora y a lo largo de la vida, no deje nunca de escribirse. Asumiendo tan rotunda conclusión, que bien podría acallar mis palabras para siempre, empiezo ahora, cuando siento que me florecen por dentro las azucenas de la Encarnación.

Las tres flores de tu palio, Virgen de la Encarnación, Reina Coronada de la Familia Hispalense, forman uno de esos símbolos ineludibles de la Semana Santa. Está la Cruz de Malta de los nazarenos de la Amargura, la cruz trinitaria de la Bofetá y del Sagrado Decreto, la María con la cruz y la Palma sobre el marrón del Buen Fin, la Cruz de Jerusalén de los Primitivos penitentes del Silencio. Cruces, palmas...signos de dolor y de victoria...Tus flores, Encarnación, lo más dulce de todos los escudos de la Pasión y Muerte de Jesús según Sevilla.

Vosotras, azucenas primorosas; bordadas en la íntima relación de la seda y el metal en la técnica del giraspe, sois la metáfora preciosa, la representación más exacta de aquello que veneramos en Santa María de la Encarnación. Ella empezó siendo, como la Hiniesta y la O, la Luz de la Carretería o la finura de Nuestra Madre y Señora del Patrocinio, tan sólo una representación vicaria de una imagen letífica para procesionar en Semana Santa. Andado el tiempo, como en todos estos casos con mayor o menor olvido, su imagen dolorosa quedó como exponente de la advocación



que recibieron.

Aquí, en San Benito, después de muchos tropiezos y avatares, tu imagen dolorosa terminó siendo el centro y el norte que dirige las vidas de sus hijos, y a la vez el sur donde la vida es más cálida y acogedora, el este donde el sol vuelve a salir tras una noche angustiosa, el oeste donde morir como la luz del sol cada tarde.

Eres Encarnación, un confuso mapa de coordenadas inciertas. Eres como un reflejo intemporal de lo que ocurre ahora. La política, la economía, la cultura y la fe manifiestan a veces un desconcierto que atemoriza y preocupa a muchos. No sabemos a dónde ir, a quién acudir ni de quién fiarnos.

Sólo el amor nos acompasa, sólo el amor nos lleva sobre los pies, lentamente, igual que tú paseas por Sevilla de la mano de tu capataz, hermano de Carmen Candela, mi prioste amargurista que con tanto mimo cuida los secretos de la cofradía de San Juan de la Palma. Allí, al lado de la iglesia está la calle Madre María Purísima de la Cruz, mi calle de las Tres Azucenas, porque su trazado une el dolor de la Amargura con la sonrisa y el gozo de la más divina y humana Pastora que sostiene mi vida y la llena de sentido.

Misteriosa dualidad la tuya, Encarnación. En un solo rostro, el tuyo, hermosísimo e irrepetible, las dos caras de la vida. La ilusión de Nazaret y el tormento del Calvario. El "Hágase en mí" ante Gabriel, el "¿por qué a mí?" de la calle de la Amargura. Todo confundido, entremezclado. Así te encuentro hoy, así te miro. Celebrando la Anunciación, pero contemplándote cómo derramas lágrimas de desencanto verdadero. No entiendo nada, pero quiero descifrar este misterio.

Tienes como confundidas
la lágrima y la hermosura.
Lívido el cristal, figura
cinco acequias detenidas.
Brotan como suspendidas,



riachuelos a través.
Sales para que les des
razones por las que nacen,
y en cuanto lloras se hacen
lágrimas como las ves.

Brotan de ti, mas no entiendo
que lágrimas de sollozo
nazcan del monte de gozo
que es tu corazón latiendo.
Aún debes estar oyendo
la voz de un Gabriel suave.
La oyes. Pero no sabe
tu entraña muy bien qué hacer.
Reír o llorar: volver.
Luz y tiniebla: La clave.

Así en esa encrucijada
vives permanentemente.
Se te agudiza en la frente,
cauce, valle u hondonada,
empuñadura de espada
que no se envainó ya más,
ese entrecejo al que vas
sólo con tu pensamiento.
Y en medio del desaliento
- no hay pena como esa- estás.

Los ojos entrecerrados,
como escondiendo la luz
que puso bajo la cruz
esos pómulos rosados.
Aquellos labios rosados
y tu nariz...que respira.
Y tu boca que suspira
y el dolor que alzado impera
y es la yedra enredadera
que tu sonrisa retira.

Pero, aunque quiere la yedra
hacer de tu alcázar muro



y echar a un rincón oscuro
tu alegría que no medra,
crece, como piedra a piedra
sobre la yedra tu altura.
Es dolor lo que fulgura,
lo que se mira es sufrir.
Pero se escucha latir
bajo aquello tu hermosura.

Pero no vive escondida
tan radicada belleza.
Trepas sobre la tristeza
y se asoma y nos convida.
Por donde puede, encendida
toma al dolor de la mano,
y tornándolo en su hermano
y haciéndolo suyo así,
se une Encarnación en ti
lo divino con lo humano.

De Dios no puede esperarse
más que claridad serena.
De lo humano en su cadena
paz no puede imaginarse.
Lo divino a humanizarse
tiende y en ti se realiza.
Lo humano se diviniza
y así entre humano y divino
tu dolor es un camino
que otras glorias garantiza.

Siendo Encarnación, dolor
como que ser no debiera.
Siendo Encarnación no hubiera
más que sorpresa y rubor.
Siendo Encarnación, candor,
siendo Encarnación, preguntas.
Sin embargo, aquí están juntas
la calma y la desazón,
y no entiendo, Encarnación,
cómo este secreto apuntas.



Siendo Encarnación, me lloras
pero tu llanto parece
que siendo llanto recrece
las flores con que te honras.
Rompe los versos, las rimas,
las tradiciones, las normas,
y esta Madre dolorida
es Encarnación llorosa.
Sé que tengo que mirarte
como una Virgen que goza,
sé que las cuatro azucenas
son como escudo de gloria.
Pero esas cuatro azucenas
se confunden, se trastornan,
y son, en ese jardín,
que sobre el palio se borda,
azucenas confundidas
en un remanso de rosas.
Las rosas, de tres en tres,
las marean, las agotan,
por presumir, se glorían
de espinas que las confortan.
Igual que las azucenas
con ellas y con su forma,
sobre las rosas tan tristes
tu hermosura se acomoda.
Por eso es bello el dolor
y es tanta amargura hermosa.
Por eso en ti se comprende
que seas tan guapa, aunque lloras,
tan joven siendo tan Madre,
tan Reina, aunque te aprisionan
las espinas y los clavos
las sentencias y las sogas.
Porque en ti las azucenas
despuntan más que las otras
y al crecer tus flores más,
hacen de otras flores fronda,
y las tornan en jarrón
y por encima se asoman.



Por eso en la bambalina
viene bordada tu historia.
Las flores y lo roleos,
los acantos y las hojas
van sosteniendo en cartela
azucenas victoriosas.
Las miro, están por doquiera,
y en cualquier espacio adornan.
Salen unas mil seiscientas
el Martes Santo garbosas.
Pero ninguna reluce
como tú, entre aquellas blondas
que pone lleno de amores
Mariano Martín Santonja.
Las miro de orfebrería
sobre las varas que escoltan
las insignias del cortejo
que te anuncia y te pregona.
Están en la cruz de guía
y en el Senatus, graciosas,
una por una componen
el santo nombre de Roma.
Los acólitos las llevan
bordadas sobre su ropa.
Vienen todos penitentes
y se da la paradoja,
que encima de lo morado
llevan las flores gloriosas.
Van como en competición
azucenas picajosas.
En la Campana presumen,
son en Sierpes vanidosas.
En los palcos de la Plaza
presumidas se retocan.
Por la Avenida reluce
sambenita nuestra flora.
Pero las ve la Giralda
y las deja a todas cortas.
Ella sabe de azucenas
que echan al aire su aroma.
Cuando las ve la Giralda



les va callando la boca.
Cuando sale vuestra Virgen,
la dolorida paloma,
la que mezcla gloria y llanto,
Triana y Viña en su historia,
da la Giralda sentencia
del viento sobre las hojas.
"Miles, miles de azucenas,
miles de ramos que abomban
la cuenta y me hacen perder
la suma de lo que importa,
no tenéis nada que hacer,
si os mustiáis ya es poca cosa.
Váyanse mis cuatro jarras
queda la azotea mocha.
Dejadme a la Encarnación,
dejadme aquí a la Señora,
que es de vuestras azucenas
la más bonita de todas".



Lloraba la Palomita

Ahí me sigo debatiendo entre el llanto y el dolor de esta azucena. La Giralda nos lo ha dicho: es la más bonita de todas. Y no tomes en ello envidia, Señora de Valvanera, dueña de este barrio y patrona suya, cobijada en su altar mayor para siempre y mientras tengas una Hermandad que luce por tu devoción, por una casa hermandad en la subida a la torre y por un azulejo que canta tu gloria en plena calle Oriente.

No tomes envidia, Virgen Inmaculada, Madre del Cristo de la Sangre pues el mismo Buiza te talló, ensimismada y bella. No te pongas celosa, Virgen del Buen Alumbramiento, que las rosas del palio de Ojeda se cambiarían por ésa que llevas en tu mano. No me prives de tu abrazo, Virgen bonita del Carmen que al fondo de la nave del Sagrario nos brindas a todos la dulzura de tu siempre acogedor escapulario.

Virgen de la Natividad, contemplando al Niño recién nacido, en el remate del altar de San José y aquí también encima de esta reja, no me neguéis vuestro favor. Virgen arrodillada en los azulejos de Juan Oliver, muestra que eres mi Madre. Gloriosa Encarnación, cuya presencia reclamo en esta iglesia que ahora es también tuya, ponme entre las páginas de tu oración y atiende mis plegarias.

Que sí, Encarnación, que la más bonita de todas eres tú, siendo tú todas al mismo tiempo. Que sabes que es verdad, que llevo mucho tiempo conquistado, que, aunque tú no fuiste nunca recurrente inspiración de los poetas porque te bastaba y sobraba con Pascual González, éramos unos pocos los que hilábamos versos para ti en lo escondido del alma.

Sí, Encarnación, porque tú no eres la Virgen Niña a la que todos piropean, y aunque no parece que tengas diecinueve años, ni quince, ni diecisiete, lo que no puede contarse en ti es la ingente cantidad de quilates de tu altura devocional y artística. Tú no eres, Encarnación, la del palio triangular de figura sinuosa; tú eres la suave ondulación de una acompasada armonía que marcan varales, borlas, madroños, campanas de cera y rosarios



en tus manos.

Tú estás por encima, Encarnación, de los detalles que sólo ven los que miran lo populoso de tu recorrido, la algazara de tu itinerario que atraviesa, como espina dorsal, todo el Martes Santo, esa jornada preciosa y especial que una vez tuve la suerte de exaltar.

Sí, Encarnación. Porque el Martes Santo aunque se despierta en el Cerro con la marea de nazarenos que acerca desde allí la hermandad de los Dolores, el Martes Santo es más jornada de las de siempre desde que tu cofradía se asoma y deja la Calzada para llevar el estilo San Benito a todos los que a contemplarla vienen.

Nosotros, los jóvenes, los que no sabemos nada, o quizás poco del mundo como dicen los viejos, pensamos en San Benito y se nos viene a la mente Pilatos en la Presentación, el puente que perdieron y tú, Encarnación, como broche bendito al que el corazón le sigue tirando claveles como aquel 29 de marzo del 1994, cuando la Campana se te quedaba pequeña sabiendo que habrías de pasar en diciembre toda una semana en el primer templo recibiendo la gracia de tu coronación canónica.

Entonces, y ahora, y siempre, tú, Encarnación, única y distinta. Tú la que habitabas en Triana, tú la que cruzaste tornada en cofradía el puente de barcas y la que luego, obligada por el olvido viniste a anidar en San Benito para nunca más marcharte. En aquel 1875 de tantos cambios y mudanzas para la vida de nuestra fe -peores tiempos incluso que los nuestros- te posaste aquí con poco más que lo puesto, y en un altar de estas naves enamoraste a los jóvenes más atrevidos del barrio.

Ellos quisieron para ti un misterio valiente, del mejor imaginero de aquellos momentos, y a Castillo Lastrucci encargaron la escena del oprobio del Señor ante su pueblo. Tras de Él te quisieron caminante, reflexiva, contemplativa en la Pasión y Muerte que habría de completar el Santísimo Cristo de la Sangre, brújula amoratada que marca el norte a los que, tras Él, cornetas, tambores y nazarenos, nos acercan a Ti, Soberana Señora de la Pena, requiebro de dolor que no conoce ocaso porque en ti anochece



cualquier luz que no sea tiniebla de una muerte que conoces de antemano.

Si la Encarnación te hacía a nuestros ojos la más bonita, ahora, Madre Santa, el dolor de la muerte de tu Hijo te lleva al más amargo tormento. Y así, en mi recuerdo, en mi añoranza, te miro soñadora y dolorida. Y vienen a mí, como entonces, aquellos versos que hicieron la delicia de Pedro Juan Álvarez Barrera, mi párroco de Omnium Sanctorum, que vive también sambenitando con vosotros. Allí, en ese lugar que no conoce olvido estaba Ella.

Es tas donde yo te vi
cuál te soñé permaneces.
En mis ojos te apareces
trayendo aquello que fui.
Siendo joven lo escribí
y ahora que lo pienso digo
que lo escrito contigo
no cesa en su ensoñación,
flor eterna no marchita,
y en esas canciones sigo:
Soñando su Encarnación
lloraba la Palomita.

Amapolas y violetas,
estrellas y golondrinas,
un beso, un canto, una llama,
todos consolar querían
tan tembloroso y sufriente
loco dolor de amatista.
Cerrados traía los ojos,
el color no se sabía,
si monedas de azabache,
si cuencos de miel serían,
si vidrieras de aguaverde
o lunas de azul purísima.
"Purísima que era yo,
y ahora estoy llena de heridas,
por el corazón me brotan
canales de penas vivas,
con una espuerta de cal



me secaron la sonrisa".
Soñando su Encarnación,
lloraba la Palomita.
La Virgen habla ella sola,
se escucha sólo ella misma.
Hay un silencio enrejado
tejiéndose en celosía,
y ella queda presa en él
y ella con nada se alivia.
Da las naranjas amargas
el azahar de María.
Pero, aunque le ciña el talle
tanta fuerza negativa;
perdida en el laberinto,
con una espada judía
señalándole una cruz
sobre el latir de su vida,
teniéndolo todo en contra,
como desde el primer día,
dicen que lo deja todo
para entregarse fundida,
entre la cera rizada
de clavel y campanillas.
Soñando su Encarnación,
llora nuestra Palomita.
Yo me la encuentro en las calles,
poderosa, descendida,
como de un cielo de abriles
donde la bruma se achica
y es el incienso una bruma
que ella con su luz clarísima,
viene rompiendo lo mismo
que un cristal a mediodía.
Dicen que se pone un manto
color de sangre eucarística,
dicen que va resguardada
por una candelería
encendida de promesas
que no apagan las desdichas.
Dicen que va Coronada
por Reina de la Familia



y que añade a la presea
la luz de sus Hermanitas.
Dicen que lleva mil flores
que esperan a ver si un día,
se decide a sonreír
la que es del mundo alegría.
Soñando su Encarnación
llora nuestra Palomita.
Su Nazaret se ha tornado
Jerusalén, turba lívida
de quitarle lo poquito
que le hizo feliz un día.
Para estar junto a Jesús
ensimismada se iría
como el Lirio de Sarón
a florecer entre espinas.
Ese balcón de Pilatos
le sabe a muerte y envidia.
Si fuera frágil la luna
de Parasceve lo haría.
La partiría en dos trozos
comulgando su infinita
redonda pascua asumiendo
tan increíble noticia.
Gabriel no le dijo nada
cuando en la corta visita
aun sin conocer varón
la hizo sacerdotisa.
El altar su propio cuerpo,
la luz, el sol de aquel día,
las flores, los siete nardos
flotando en el agua limpia,
la patena, un plato llano
de loza de alfarería.
Ella en el altar mayor
del palio celebra misa.
Y una vez que ha presentado
a la Víctima propicia,
a la memoria le viene
su anunciación sorprendida.
Y en recordándolo llora



mientras la Hermandad camina.
La ciudad va contemplando
como su tristeza oxida
el surtidor de los patios
antiguos que había en la Viña.
La Calzada que la espera
ve que vuelve igual que iba.
Que no le falta un detalle,
ni el amor ni una caricia,
pero ella sigue llorando
encerrada en una ermita
con las puertas de sus ojos
cerradas al que la mira.
Ella quiere un veinticinco
de marzo, más se lo quitan.
Un Martes Santo le dan
que la tiene enloquecida.
Regresa como se fue,
soñando que era una niña.
Yo fui corriendo a su encuentro
por la calle Oriente arriba
y sólo os puedo decir
lo que vi, lo que sabía:
buscando ya San Benito,
su parroquia y su capilla,
mustias ya todas las flores
con su belleza exprimida
queriendo calmar la sed
de un llanto que no termina,
con su corona de oro,
su manto de sangre y vida,
con dramatismo de luces
por la cera cansadísima,
sin Gabriel ni Dios ni Hijo,
sola con su cofradía,
sola entre los nazarenos,
sin que pudiera aliviarla
ni Triana ni Sevilla,
soñando su Encarnación
lloraba la Palomita.



Madre de la Sangre y la Misericordia

La Palomita ya no es de Triana, por mucho que así la cante la marcha y así la recordamos los jartibles que, de pequeños, devorábamos los libros de cultura cofradiera, que repetían a la saciedad los mismos detalles y anécdotas. Triana te perdió, quizás para que no compitieras en el dolor con la Virgen de la Estrella; para que, pasado el tiempo, no hubiera dos pasos de tribunal en aquel barrio; para que tu Cristo de la Sangre, crucificado, no viviera a la sombra del Cachorro y se olvidara de aquel accidente que le hizo romperse en mil pedazos cuando alboreaba el siglo XIX.

Cada uno en su lugar y en su tiempo. San Benito es una cofradía clásica, de toda la vida, de barrio de tradiciones ...enraizada en una parroquia que ha sobrevivido en mitad de la civilización, en pleno centro comercial y de negocios de la ciudad. Ahí están los bloques de edificios, los centros comerciales, las vías del tren...y la parroquia del siglo XVI, convertida en edificio de referencia de todo este contorno.

Esta parroquia, cuyo campanario lleva hasta mi casa su sonido desordenado y evocador de otros tiempos, guarda la clave de cómo seguir siendo una cofradía tan emblemática en medio de unas calles que en otro tiempo se hubieran sabido inhóspitas para una cofradía. San Benito ha sabido atravesar los tiempos, adaptarse, cambiar lo necesario y mantener lo fundamental para conservar una identidad que la señala y la eleva como signo de categoría y grandeza demostrada a cada paso.

¿Qué tiempos son mejores? ¿Aquellos que se vivieron en una Calzada de casas bajas e insalubres, o los de ahora, en los que la gran densidad de población aporta sin duda hermanos a una cofradía, grande desde siempre, grande en número de hermanos y en iniciativas a favor suyo?

¿Qué tiempos son mejores? ¿Aquellos en los que la hermandad se vio sometida a la virulencia de la riada, habiendo de buscar hospedaje en las Hermanitas o en San Roque; o por el contrario los del presente, en los que la Hermandad tiene su casa afianzada sobre roca y la parroquia, los



salones y los despachos son parte de un mismo hogar para sus hermanos y para los que a ella vienen buscando ayuda o amistad?

No hubo tiempos mejores ni peores. Hubo distintas maneras de vivirlos. Tiempos que marcaba el mundo y que marcaba también la Iglesia. Vinieron a lo largo de la historia los años Jubilares, los del Concilio Vaticano II, el Año Santo de la Redención en 1983, el Año Santo Mariano de 1988, el Año Internacional de la Familia en 1993, la preparación del Gran Jubileo del Año 2000, el Año del Rosario en 2003, el Año de la Eucaristía en 2004, el Año Paulina en 2008, el Año Sacerdotal en 2009, el año de la Fe en 2013, el año de la Vida Consagrada en 2015 y el que ahora estamos viviendo, el Año Santo de la Misericordia.

Y siempre, en todos ellos, siempre la figura de María, que nos acompaña y nos conforta en los vaivenes de la vida. Siempre María, como dicen vuestras Reglas al pie de la Cruz conformándose como Madre de la Iglesia. Y si María vive al pie de la Cruz, vive al pie de su Cristo de la Sangre, de vuestro Cristo crucificado, expresión del misterio redentor que meditamos con las palabras del Papa en su bula titulada "Misericordia e vultus", el rostro de la misericordia. *"Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz"*, dice el papa y afirma de la Virgen de la Encarnación:

"María...es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a qttie11 lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno".

¿No es acaso este Año de la Misericordia una oportunidad más para encontrarnos con Jesús a través de María? Ella se encarga de extender esa Misericordia de Jesús, sirviendo de Mediadora. Ella se pone a nuestra altura, y revierte las oraciones que le dedicamos al Señor en el Sagrario, a Jesús de la Presentación y a ese Cristo Crucificado en el que quiero poner la mirada. Pero siempre a través de ti, Santísima Virgen, para entender la grandeza de este misterio que una vez más vamos a meditar. No se puede



comprender con el entendimiento humano. Solo reflexionarlo y repetirlo, para que suene y resuene más y más lejos todavía, para que todos lleguen a conocer la grandeza del mensaje.

Quiero entender que el silencio
de Jesús ante Pilatos,
ante la turba que acusa,
el sanedrio y los romanos,
no es silencio solamente,
no fue entornarse los labios,
fue que la Misericordia
se impuso entre los agravios.
Fue que Jesús Nazareno,
mal herido, mal atado,
maniatado y conducido
cual malhechor al palacio
de Pilatos, cuando dijo
Poncio, a medias extrañado
a medias con miedo aquello
¿Entonces tu eres rey?; en tanto
que respondió: "Tú lo dices
y al mundo vine reinando",
dijo lo que yo comprendo,
dije que, en su amor magnánimo,
Cristo en la Presentación
fue Misericordia a nado
sobre el mar de la pasión
que le llevó hasta el Calvario.
Quiero entender que, en el Gólgota,
cuando en la cruz enclavado
puso a la misericordia
rostro, cuerpo, pies y manos,
lo suyo no fue morir,
lo suyo fue darse en pago,
cambiar por misericordia
aquellos treinta denarios.
Quiero entender que su Sangre
se transformó por milagro,
y siendo Sangre manaba
Misericordia regando
las piedras y los claveles



que hacen del monte retablo.
Quiero entender que a sus plantas
la Virgen Madre, llorando,
se hizo de Misericordia
cáliz de donde tomáramos
Misericordia abundante
pues manó de su regazo
aquella Misericordia
que hoy hecha Sangre miramos.
Sangre que tu Hijo, Madre,
nos viene como entregando,
que le mana de las llagas,
que le mana del costado,
que brota de las espinas
y empapa cuerpo y sudario,
sangre que torna morena
la piel y con cada palpito,
dejó sin vida su cuerpo
redentor y mesiánico.
Enséñanos a entender
que su Sangre es un regalo,
que hay que seguir dando a todos
que hay que seguir regalando.
Hay que darla convertida
-pide el papa que lo hagamos•
tornada en Misericordia
a todos nuestros hermanos.
Será que tu Sangre es,
Cristo Jesús, dispensario
de humana misericordia
que nosotros entregáramos.
Será que tu Sangre es
-vencido el poder romano•
obra de Misericordia
con quien pueda precisarnos.
Que dando Misericordia
de tu propia Sangre damos,
y eres tú Misericordia
siendo Sangre y Martes Santo.



Ven conmigo, Encarnación,
ven en el duro trabajo
de entregar Misericordia
de la Sangre de tu amado.
Ven, Encarnación conmigo,
cuando en la calle encontramos
al desnudo y al hambriento
al sediento, al desahuciado,
al que está enfermo y no tiene
quien acompañe sus llantos.
Ven conmigo, Encarnación
y en tan grande desarraigo
cambia la tierra en que viven
tú que eres grande, trasplántalos;
con la Sangre de tu Hijo,
de tu Cristo, ve a regarlos,
para que ya reverdezcan
limpios y purificados.
Ven conmigo Encarnación,
si alguien me está preguntando,
y me resulta difícil
responderle con agrado.
Ven cuando alguien me pida
consejo y no sepa dárselo,
haz que hable el corazón
que late bajo los hábitos
de lanilla y terciopelo,
nazarenos que llevamos
camuflados, escondidos
bajo el traje de diario.
Haz que la Sangre que mana
desde lo alto del paso,
desde la cruz que en su cáliz
lleva su custodio alado,
ilumine al que queriendo o
sin querer, equivocado,
vive y transforma su vida
en un camino de cardos.
Ven conmigo, Encarnación,
cuando ante algún condenado,
tenga barrotes o no



su cárcel de presidiario,
me ponga el tiempo, el destino,
y el transcurrir de los años.
Que yo sepa perdonarle,
no alce contra el Ini látigo,
y con palabras de amigo,
lo consuele en un abrazo,
y sea el Cristo de la Sangre
quien soltándose los clavos
le abrace y su sangre sea
entre sus males el bálsamo.
Ven conmigo, Encarnación,
cuando esté necesitado
de paciencia en la hermandad
porque me viene buscando
esa mujer tan pesada,
ese niño tan petardo,
un compañero de Junta
que lo tengo atravesado,
uno que me quitó el sitio,
que me robó el incensario,
que igualó donde hacía falta
y yo me quedé sin palo,
ese que toca en la banda
y yo creo que es "torpe un rato",
dame, Encarnación, tu luz,
dame, Encarnación, el trato
que merece porque es
persona, y después mi hermano.
Que haga el Cristo de la Sangre
de mediador y de árbitro
y que sea la cruz medida
y la cruz marque los pasos,
y en Sangre y Misericordia
se firme la paz y el trato.
Encarnación, no nos dejes,
ven, Señora a acompañarnos,
y en la hora de la muerte
de alguien que nunca esperábamos,
cuando entreguemos su cuerpo
a la tierra sepultándolo,



transformándolo en cenizas
puestas en un columbario,
alumbra nuestra oración
por quien nos haya dejado
y trastoca ese dolor
de nuevo en Sangre y bañándonos,
haz que la Misericordia
que de Dios viene vivamos,
y sepamos que la muerte
no cierra puertas, es tránsito
por esa Misericordia
que Dios nos ha regalado.
Padre de Misericordia,
Cristo de la Sangre, hazlo,
Maestra en Misericordia,
Encarnación, ayudadnos.
Que presentemos al pueblo
que acusa y viene a insultarnos
voces de Misericordia
que apaguen sus arrebatos.
Venga tu Misericordia,
y sintiéndola la hagamos
moneda con que pagar
lengua con la que explicarnos,
antena que la transmita
ratón, pantalla y teclado,
todo en la Misericordia
se hace posible lograrlo.
Cristo de la Sangre nuestro,
hecho hombre y encarnado.
Venga tu Misericordia
como de ti lo esperamos.



Colofón: Marzo en enero trastocado.

Venga tu Misericordia y nos encuentre unidos en torno a María, como esta noche, en la que te has hecho presente, Cristo de la Sangre, Señor Presentado al pueblo, porque allí nos juntemos dos o más estás en medio de nosotros. Este año, en el que recordamos especialmente el cincuentenario de la bendición de tu imagen crucificada y en el que además estamos profundizando en tu misericordia, no podíamos olvidarte.

Pero sabes que este pregón es de tu Madre. Será de Ella para siempre, porque toca terminar y cerrar esta alabanza a la Virgen de la Encarnación Coronada. Hubiera dicho muchas cosas más, hubiera intentado alcanzar nuevas metas y ejercicios poéticos dignos de tal Señora, pero siento que, alcanzada mi humana capacidad, está de más echar palabras y palabras, cuando el verdadero secreto lo tiene María en su capilla, donde podéis escucharla cada día, donde podéis hablar con el Señor, en un encuentro tan amable como todo el que se produce entre una madre y un hijo.

En medio de este frío invierno hemos querido encontrarnos con la Virgen. Mi presentadora, Isabel Serrato, puso todo su empeño en contaros lo que sabe de mí porque lo ha vivido. La Junta de Gobierno me escogió y mi corazón y mi pensamiento han escrito todo lo que estaba a nuestro alcance. Pero siento que lo más grande está por llegar aún. Y lo más grande este año se llama Marzo, se llama 22 de marzo, Martes Santo. Se llama, si ustedes quieren, 4 de abril, Solemnidad trasladada de la Encarnación.

Pero quedémonos con marzo. Marzo, el que se espera y el que se aguarda, el que va a convertir esta exaltación en un anuncio de esa Semana Santa que ya se presiente cercana. Una Semana Santa en la que San Benito volverá a nacer y a morir, y el Barrio de la Calzada y el barrio de la Viña serán más barrio que nunca. Y Marzo volverá a ser, de nuevo como antes y como siempre en la Encarnación, mezcla de llanto y de alegría.

Por eso queremos que Marzo nos traiga la impaciencia del salón de pasos abierto, el palio presidiendo, el nazareno niño asido de la mano de su padre, la tentación de no querer salir por no tener que regresar. Ese es el



Marzo que estamos viviendo ya. Hoy es, Virgen de la Encarnación, como si ya marzo fuera. Hoy comprendemos mejor ese misterio sevillano que se llama marzo.

Marzo no es solo dolor.
Marzo es dolor florecido
como un clavel suspendido
bajo los pies del Señor.
Marzo es tiempo de fervor
en medio de un mundo esquivo.
Marzo es ya sentirse vivo
temblando en víspera y gozo.
Marzo es un nuevo alborozo
que noto mientras lo escribo.

Marzo es el mes del cariño
meloso y dulce a la vez.
Marzo de la rubia pez
con que se funde en un guiño
la cera, mes del pestiño,
la torrija y la croqueta.
Marzo, que no tiene meta.
Marzo, corre que te corre
mientras el tiempo descorre
de nuevo la luz secreta.

Marzo, que vive y que muere,
marzo que va marceando,
que se va contoneando
y ante tus ojos se quiere,
y siendo marzo prefiere
ser cuaresma o ser abril.
Marzo se asoma a un pretil
y repica y desengaña,
y es del tiempo en su espadaña
primaveral campanil.

Marzo, que nunca lo oímos
llegar y siempre sorprende.
Marzo, pabilo que enciende
la vida en la que morimos.



Marzo que siempre decimos:
"Ya está aquí, ya va a llegar".
Y hasta que vuelva a pasar,
cuando pase este buen trecho,
seguirá estando al acecho
par a salirte a buscar.

Buscar lo buscamos fuera
en la cal y en el albero,
y en el trino mañanero
de la rama naranjera.
Lo estás buscando a tu vera
y en verdad, dentro de ti,
Marzo te dice que sí
y tú le niegas el paso,
y no resuelves el caso
del dónde, ¿dónde lo vi?

Lo ves, lo ves, mira, mira,
donde da el pellizco malo
cuando el costal bajo el palo
se alza, cuando respira
el manto, cuando suspira
Encarnación su hermosura.
Cuando a noche fulgura
encendida de oraciones
y crucifican perdones
la emoción y la hermosura.

Marzo me manda señales
que yo he aprendido a leer.
Marzo me llama a volver
a deslumbrarme en las calles,
y a encontrar entre varaes
nuestra bienaventuranza.
Marzo que se me abalanza,
viene a mis brazos corriendo
y sus ojitos entiendo
que son los de la Esperanza.

Marzo quiere abril, y quiere



perderse entre nazarenos.
Y quiere naranjos llenos
de azahares, y se muere
por la luz que araña y hiere
la retina y la memoria.
Marzo de almanaque y noria
vuelve girando a la vida.
Y hay una infancia perdida
que escribe mi propia historia.

Marzo me manda llamar,
quiere igualarme al costero,
me pide ser costalero
porque lo sepa llevar.
Marzo quiere pasear
del brazo del sol radiante.
Marzo viene caminante
de San Gil al Altozano,
con el compás sevillano
del izquierdo por delante.

Marzo añora ser de nuevo
carbón para el incensario,
la llama que en el pabulo
enciende al completo el palio.

Marzo busca ya razones
para negarse a olvidarlo,
mientras vestimos la vida
de balcones y geranios.
La vida pone de lirios
los frisos y los abrazos,
y hay faldones recogidos
para que entre cantando,
la voz que mande a sus hombres
que hay que seguir dando pasos.
Marzo descontrola al tiempo,
y el cielo se está pintando
más azul, que de una vez
queremos lo que anhelamos,



y queremos que la lluvia
nos permita refugiarnos,
no porque el agua que cae
nos ponga el cuerpo empapado,
sino escondernos al pie
del dolor que va llorando,
escondernos y sentirnos
protegidos por los brazos
que cargan con esa cruz,
que ya están crucificados.
No se me ha olvidado nada,
lo tengo todo bien claro.
No se olvida el corazón
de aquella vez que fue Marzo.
Cuando Marzo vuelva a ser
San Benito, habrá llegado.
Marzo para que florezca
la Señora en su arrebató.
Buscaremos un requiebro
que sea piropo tallado.
Una plegaria escondida
para que vaya rezando.
Y un silencio en San Benito
y en San Benito un quebranto
volará hasta el corazón
de la Virgen sollozando.
San Benito compañero
que no la deja de lado,
que no la abandona nunca,
que no teme desengaños.
San Benito, no te canses,
tú sigue esperando marzo.
Y en este Enero de fríos
disfruta que está a tu lado,
la Encarnación soberana
que Dios te dio por regalo.
Verás como cuando Ella
sienta que estás entregando
tanto amor como el que tienes
y tal devoción, al cabo
de un rato te llevará



con ella y te habrá agarrado
de tal forma que no puedas
soltarte ni aun intentándolo.
Queda en ella, San Benito,
que yo sé que está esperando.
Ve a vivir con Ella el tiempo
de injurias y latigazos,
de cruces y de sayones,
de martillazos y clavos.
Hazle saber que estarás
donde estuvieron los santos.
Verás cómo te recoge
y te da como un abrazo,
y siendo tú su pañuelo,
donde secar los agravios,
verás tú como la Virgen
San Benito en Martes Santo,
te da un pellizco en el alma
para llevarte en sus manos.

HE DICHO